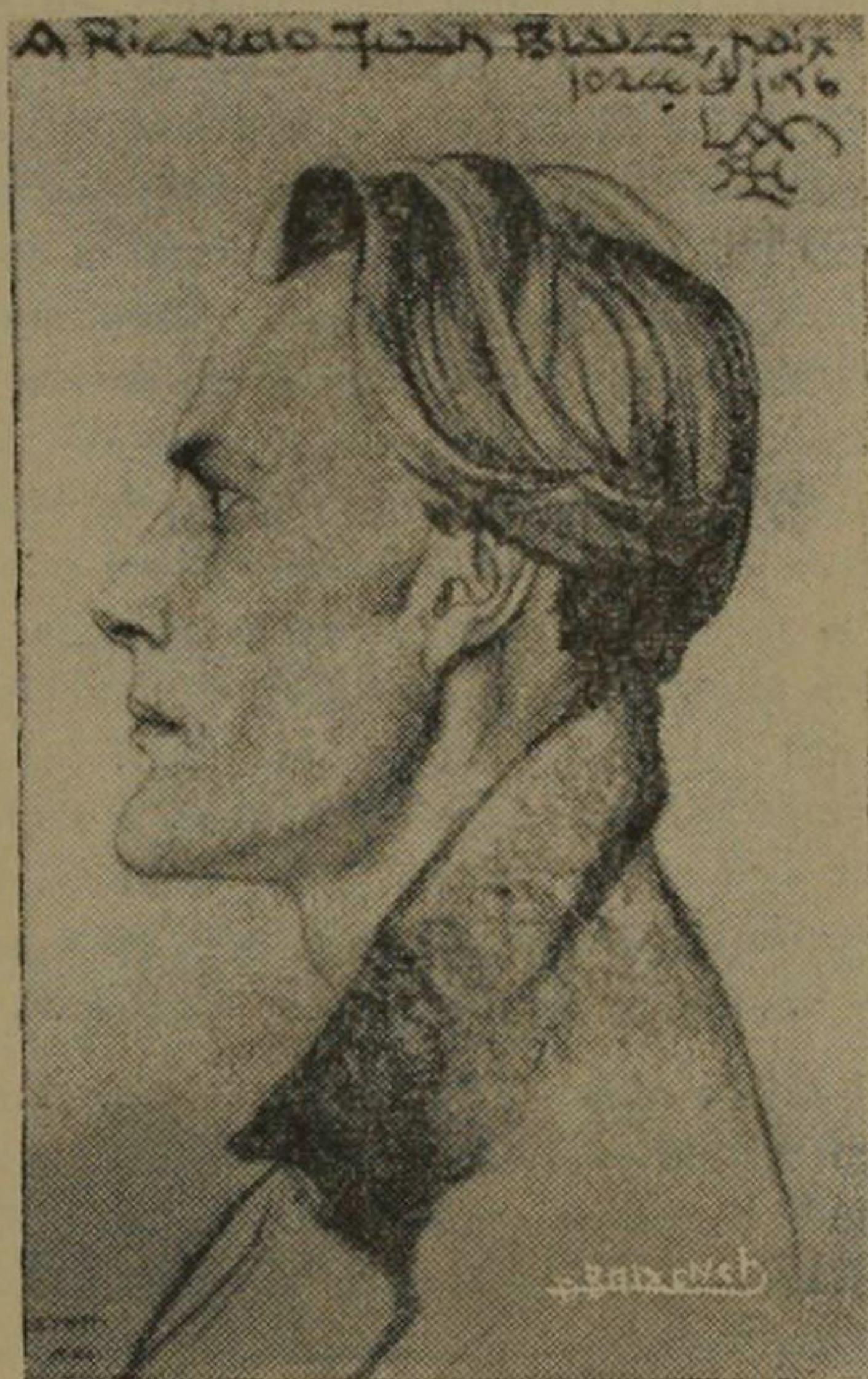


El "Judas" de Lanza del Vasto

Por Ricardo BLASCO
(Colaboración para el *Rep. Amer.*)

Bernard Grasset publicó este libro en 1936. Su autor era un desconocido y aquella su primer obra. Un nombre extraño (¿quizá un seudónimo?), rubricaba el título en la portada: Lanza del Vasto. No se le prestó mucha atención. Nada se sabía acerca del autor y, como es natural, los críticos sólo tienen tiempo de ocuparse de los libros que vienen precedidos de propaganda, o que han sido escritos por personas notorias. ¿Quién era aquel Lanza de Vasto? Unos, le hacían en la India. Otros, en el Lacio. Quién afirmaba que era un monje siciliano. Alguno, que presumía de enterado, aseguraba que un francés extravagante dedicado al vagabundaje ascético por tierras lejanas y desérticas. Incluso era posible que interviniese un contradictor, enseñando una espístola escrita en rara caligrafía, firmada con aquel nombre sorprendente —que era cierto— y fechada... en Versalles, un año antes. ¿Cómo conciliar estas noticias?... pronto cedió la curiosidad. Los preguntones se ocuparon de otros temas. Nuevos libros vinieron a apremiar a los críticos... Y aquel "Judas récit biblique", durmió un lánguido y prolongado sueño en los anaqueles de las librerías.

La historia es común a muchos libros y a muchos autores. Sin embargo, en este caso, el libro tenía una vitalidad singular, superior a la efímera de tantos títulos anodinos. Su autor remitió "Ju-



Lanza del Vasto

das" a un filósofo católico que, a la par, es uno de los más acreditados escritores actuales: Jacques Maritain. Lenta, pausadamente, el libro comenzó su camino. Maritain respondía a Lanza, el 24 de abril de 1939, desde Meudon, tras excusarse por la tardanza: "Mi mujer y yo hemos leído este "Judas" con rara admiración. A cada instante, sorprenden los más ingeniosos y profundos hallaz-

gos e intuiciones. Me parece imposible entrar de manera más sutil y perfecta en los recovecos y desvíos de la desgracia y mostrarnos un Judas más verosímil y más humano, que hace mentir a las mismas verdades y que lleva la sofisticación espiritual hasta el asombroso grado de sabiduría al revés. Su seudodescubrimiento de la Trinidad y, a continuación, la escena de los Apóstoles nos parece una obra maestra". Lanza del Vasto agradeció aquella carta con otra fechada el inmediato 5 de mayo en Los Meteoros, viejos monasterios de Tesalia: "Le agradezco lo que dice de "Judas". Como podía esperarse, usted lo ha visto... Sus buenas palabras me alivian de ciertos escrúpulos y de una creciente angustia, que proceden de las cartas recibidas o de las gentes que he encontrado en las ciudades, quienes, habiendo leído mi libro, me lo elogiaban. Y el libro por el que me elogiaban, no era el mío. Y suscribían más de lo razonable todo lo que contiene, tomaban partido, extraían conclusiones, o bien se quedaban turbados, con la boca abierta o llena de preguntas. De modo que, lejos de haber operado en muchos la purificación de que usted me habla, me acuso de haber removido la malicia de unos, envenenado la simplicidad de otros". ¡Conmovedora sinceridad, impar modestia!... Lanza del Vasto no es el escritor pagado de su vanidad, que escribe para cobrar el tributo de una popularidad o el incienso de un halago; es el hombre espiritual que se desnuda para sus semejantes, en acto de pura entrega humilde...

comparándolos con el otro libro anterior: "Silencio de unos labios". Más acendrada expresión la que se utiliza en "Nocturnas", libro en el cual un cierto melodrama de sentimiento, unas desorbitadas interrogaciones se contienen y reprimen con intensidad y rigor. Por ejemplo, he aquí el comienzo del poema que titula "Visión":

Háblame tú, la siempre misteriosa,
la eterna muda. Dí, ¿quién eres?
¿De qué temor naciste? ¿En qué ignorada
mansión oscura te engendró la noche?
¿De qué secreta seda es ese manto
que con su sombra tu figura cubre?

Y más adelante, en este mismo poema, se añade:

Los sombríos ramajes se estremecen
al pasar tú. Brilla apartada y sola
una estrella en el cielo. Entre tus manos
hay una flor que luce extrañamente
su púrpura encendida, su misterio.

Y, finalmente:

Pálida aparición, sombra de un sueño,
acaso augurio de mi muerte, acércate.
Háblame, ven, aunque no aplaques nunca
mis soledades. Dime, di, ¿quién eres?

He aquí algunos rasgos de la poética de Ricardo Blasco, dichos por él mismo: "Sólo puedo escribir versos -declara el poeta- a petición urgente de una carga interior que pugna por liberarse. Sólo cuando la vida me ha ido cargando de accidentes, de sucesos, con su insensible gramo diario de sufrimiento o de alegría, veo nacer, salir el poema. Ocasión excepcional, esporádica. Acto intuitivo, natural, necesario. La poesía es un accidente fortuito, pero también una necesidad de la existencia". Y añade: "Por eso la poesía está hecha de espontaneidad y de experiencia, y es el más fructuoso de los ejercicios espirituales, aunque también el más arriesgado".

El libro de Ricardo Blasco está dividido en cinco partes, cada una de las cuales origina su propio ciclo. En la primera, el poeta se halla sólo y sin amor: la luna y la noche le acogen en su reino. La segunda es un puerto tranquilo hacia el pasado:

Ve, muere allí, al fin de la llanura,
donde la noche baja en funerales,
negras escalas, a pisar la tierra.
Abra tu mano la escondida estancia
del olvido, y penetra. Sí, sucumbe,
sucumbe ya. ¡Qué lejos han quedado
aves, brisas, hermanas de la aurora!

La tercera parte nos da cuatro sonetos inmersos en el más puro romanticismo: dolientes y desengañados. La cuarta, contiene "Tres sonetos a la creación", en los que Ricardo Blasco pretende revelar el misterio de la Creación y el de su propia creación poética:

(Sigue a la vuelta)